

Abelardo Martínez-Cruz

Los epílogos nunca se escriben

A Cayetana, Rodrigo y Santiago, niños.

Ambiguamente vive el hombre en el mundo

(M. Heidegger)

Las mañanas de domingo suelo levantarme antes que otros días, acostumbrada como estoy desde hace mucho a esta experiencia. Sus horas me parecen más sosegadas que las del resto de la semana. Nada me urge en esos momentos y tal vez la tranquilidad que saboreo, mientras la gente duerme, me incite a madrugar un poco más para poder disfrutar la larga quietud que me llega sin esforzarme. El sosiego denso de estas horas se prolonga como una invitación a gozar una sensación dichosa sin estridencias que rompan un extenso silencio. La primera salida al patio de la casa me envuelve en el aroma de la noche mantenido en el ambiente. La tibieza exterior despierta todavía más mi sensibilidad adormecida. La luz aumenta poco a poco y descifra los colores de las cosas en su preciso perfil. Nacen los matices y todo va adquiriendo su identidad, anulada por la oscuridad de la noche anterior. A cada nueva percepción se incrementa la intensidad, según el sol asciende a un cielo sin nubes.

Desde que vivo aquí me ha sorprendido la variación que la progresiva iluminación de la luz del día va ejerciendo sobre las cosas, las transforma hasta su máximo esplendor. Hay una epifanía natural que crea el milagro de mostrar cada objeto en los límites propios de su contorno. Según avanza el sol, transfigura las cosas y les otorga la matización de su presencia singular. Todo se adecua al ritmo natural del día y la noche es un eco ya sin relevancia, que existió para que admirásemos más el auge de la luz.

Ocupo la mañana en vaguedades, atendiendo las pequeñas cosas de la casa donde me alojo. He subido una empinada escalera y recorro las dependencias del piso superior. En la primera halló una cama y sobre una mesita de noche un pequeño reloj que todavía marca las horas, no sospecho para quien. La habitación está vacía y el tictac me parece la sístole y diástole de una oquedad. Este reloj un día parará, supongo. Lo dejo seguir, como

dejaría que un insecto recorriera su alargado trayecto indefinido. Cierro la puerta y sigo. En la sala contigua abro la ventana para que penetre la luz del sol y la estancia se oree. Estoy en una habitación amplia, blanca. En el centro, una mesa de patas torneadas ocupa una porción relevante de la sala. Detrás de la mesa hay colocada una silla vacía, como esperando el regreso para ocuparla alguien ausente en estos momentos. Un armario oscuro de madera aparece en un rincón y excita mi curiosidad. Lo abro. Crujen las bisagras y la primera impresión que recibo es un olor fermentado saliendo de su fondo, al otro lado de unos libros. El armario contiene tres anaqueles. En los dos superiores hay volúmenes bien ordenados y en el inferior, una porción de papeles sueltos además de un paquete de cuartillas atadas con una cinta roja. Estos pocos libros me recuerdan la biblioteca dejada en la ciudad, conseguida a lo largo de mi vida. Antes de ganar mi primer sueldo iba comprando los que me permitía el exiguo dinero de que disponía. Todavía tengo aquellos tomos con la fecha de adquisición en el ángulo izquierdo superior de la primera página. No he querido traerlos hasta aquí, sólo algunos, los más actuales, y siento nostalgia por los demás. Me parece que sin ellos estoy desprotegida, como desamparada, casi desnuda, sobre todo sin los diccionarios a los que constantemente consultaba. Allá quedaron casi todos los libros. Los añoro y los necesito porque he tenido con ellos un diálogo que ha logrado mantenerme siempre atenta. A pesar de su silencio aparente, oía sus susurros, las sugerencias, el eco que hasta mí llegaba desde las páginas anteriormente leídas. En su decir me alentaban, me aconsejaban, incluso había días que me impedían caer en la depresión porque extendían ante mí un mundo que invitaban a transitar. La vida es andadura y los libros describían un paisaje amplio, transitable ese día y el siguiente, con la seguridad de que nunca estaba sola porque alguien confidencial me acompañaba. Cuando al principio los ordenaba o añadía alguno nuevo en las estanterías, me imaginaba los posibles coloquios de los autores al ponerlos unos junto a otros. Me agradaba que

Montaigne pudiese comunicarse con Platón o Berceo con Cervantes. ¿Qué podrían decirse el Lazarillo de Tormes y Juan de la Cruz? ¿En qué punto podrían encontrarse? ¿Quién comprendería al otro? Imaginaba diálogos amigables entre autores o discusiones furibundas entre personajes, Celestina y Don Quijote. ¡Un juego! La biblioteca evitaba el deterioro personal y la decadencia física ineludible; mentalmente impedía el olvido, como si previniera la muerte de una neurona al menos en ese día. La biblioteca me hace vivir. Cada libro tiene su momento y me ha sucedido que algunos incomprensibles o tediosos en una época, con el paso del tiempo se han transformado en páginas fascinantes que iluminan y agrandan el mundo. Soy una mujer hecha en contacto con los libros. Mi personalidad ha crecido dirigida por las lecturas, como esos árboles hermosos ajustados a un tutor desde un principio. Mi suerte ha sido haber encontrado en esa inmensa selva literaria lo más noble, aquellos clásicos que han perdurado a través del tiempo y han permitido a los hombres alzarse hasta la dignidad racional. Esto es lo que tengo que agradecer a mis lecturas. Hasta Alercia he traído autores que me han interesado últimamente, G. Steiner, R. Walser, José Ángel Valente, M. Foumaroli, Blas de Otero, R.M. Rilke... Todos me pueden elevar por encima de una restricción ordinaria y trivial. Sólo el pensamiento o el arte pueden alzarme sobre la vulgaridad. Observo ahora en este armario oscuro que acabo de abrir que en la balda superior se alinean, entre otras, obras de Platón, de Descartes, Montaigne, Baltasar Gracián... Al final de la balda, muy inclinado para mantener en vertical todos los demás, un tomo verduoso de las obras completas de Ortega y Gasset. En el segundo nivel del armario, se hallan los trágicos griegos, Don Quijote de la Mancha, en dos volúmenes, un librito de Azorín, otro de Unamuno y un ejemplar de las obras completas de Antonio Machado. Más que una biblioteca, advierto que éstos son libros ocasionales que alguien recogió accidentalmente y los fue guardando con ánimo de ir formando su personal colección que no logró completar ampliamente, aunque fuese su anhelo secreto.

Todos estos libros tienen la aparente peculiaridad de estar algo ajados por haber sido leídos o manoseados muchas veces. Me imagino a un lector ávido encerrado en este lugar sin poder salir mentalmente de los límites descritos en estas páginas. Voraz de lecturas, se atuvo a estas obras como si fueran los textos que un estudiante repasa una y otra vez hasta la saciedad porque en ese curso precisamente son los prescritos. Las páginas aquí silenciosas determinaron para una mente los parajes reducidos de los que no pudo evadirse. Estos libros habrán llegado a esta sala como residuos arrastrados por una torrentera hasta detenerse en el último recodo y seguirán permaneciendo mucho más tiempo, hasta que un arrebato los haga cambiar de lugar o de destino. La distribución de los libros en los tableros del armario tiene un sentido compartido por muchos lectores, un orden que también llegó aquí por lo que puedo comprobar. Hay libros de pensamiento, de filosofía, de ciencia y ensayo, y otros de expansión lectora, novelas y relatos. Los primeros están colocados en la tabla superior, los segundos, abajo. No comparto este criterio. Dudo, por ejemplo, dónde podría situar la poesía. Es creación y como tal tiene tanto empuje moral para mejorar a los humanos como los diálogos de Platón o la Ética de Aristóteles. Todo libro eleva al hombre y le evita la degradación. Es la ventaja que tenemos hoy sobre quienes iniciaron esta cultura literaria. Ésta es la razón que a mí me animó a traer diez o quince libros de última hora para entender la visión sorprendente de mis contemporáneos. Cada página de un libro sólo merece ser tomada en cuenta si manifiesta el asombro del autor. En la tabla inferior, entre folios amarillentos aparece en el paquete de cuartillas el nombre de Samuel Arribas. La visión de los libros renueva en mí un deseo de volver a releer alguno de ellos que añadiré a los que me he traído hasta aquí. Se complementan unos con otros según advierto, porque las obras que he encontrado tienen un límite y las que he traído son más recientes, acercándome unas y otras el pensamiento y la sensibilidad del tiempo de su creación. Tendré ocasión de ocuparme de unos y otros.

Vuelvo a mirar de nuevo mi hallazgo y pienso que estos libros encontrados hoy servirían para que alguien desconocido estudiara en épocas anteriores y ocupara sus días leyendo. En su tabla, ordenados, parecen esperar que alguien los coja de nuevo, los limpie, los sopesa y pueda atenderlos por un instante. Llevarán mucho tiempo guardados y no sé a quien pertenecieron, tal vez a Samuel Arribas, a quien intento imaginar y no lo consigo, ni qué pudo estudiar en estos volúmenes escondidos, colocados con mimo en el fondo del armario. Me intriga quien pudo ser Samuel Arribas. Algún día lo preguntaré.

Las campanas de la iglesia quiebran la quietud fría de la mañana, llamando a los ritos religiosos. Al primer son una bandada de pájaros sorprendidos ha salido del tejado de la torre y se han dispersado en todas las direcciones alejándose de un peligro que los asustaba. Veo por la ventana que comienzan a salir de sus casas algunos vecinos para acudir a la iglesia. No deseo asistir porque me sentiría ajena en un grupo que desconozco. Sigo mirando los otros dos aposentos de esta parte alta de la casa, pero siento que se me ha roto la fascinación que tenía la mañana desde un principio, al comprobar la animación de la gente discurriendo por la calle y deteniéndose en algunas esquinas. No estoy sola como podía suponer cuando llegué al pueblo y esto también me alegra, porque los otros son un recurso contra la limitación que me ha parecido haber elegido al venir hasta aquí.